

27 de septiembre de 2013

Una semana después del inicio de curso...



Tienes una solicitud de amistad.

—Enrique Arce quiere ser tu amigo. ¿Aceptar / Ignorar?

—¿Enrique? ¿Por qué ahora?... Aceptar.



Tienes una solicitud de amistad.

—Pablo Torres quiere ser tu amigo. ¿Aceptar / Ignorar?

—¿Y este quién es? —Marta mira su foto de perfil.

—Dios, ¡qué bueno está...! Aceptar.

Marta ha cumplido 15 años. Se siente feliz cuando se mira al espejo. Desde este verano ha empezado a notar en su cuerpo los cambios que toda niña desea y que, en su caso, estaban tardando más de lo esperado. Los sujetadores deportivos han pasado a la historia. Lleva apenas una semana de clase y todos sus compañeros hablan de ella. *¿Habéis visto a Marta? ¡Cómo se ha puesto! ¡Está buenísima! ¿Qué le ha pasado? Si el año pasado era una esmirriada, pequeñita, delgaducha... antes siempre había pasado desapercibida. Su cara perfecta, sus bonitos ojos negros y sus labios perfilados unidos a su corta estatura y su extrema delgadez la hacían una niña muy mona, pero una niña al fin y al cabo.*

Sus abuelos siempre le decían que cuando pegara el estirón y su cuerpo se desarrollara iba a ser la mujer más guapa del mundo entero. Y aunque fueran sus abuelos en algo tenían razón y es que ahora Marta es una chica muy muy atractiva.

Posa frente al espejo con el teléfono móvil. Culito respingón, espalda erguida, pecho levantado, cabeza ladeada y morritos a la cámara. Nueva foto de perfil.



Nunca se hubiera imaginado lo que en los próximos días le iba a suceder. Cómo alguno de los actos que se hacen llevados por un impulso incontrolado y sin sentido puede cambiar la vida, y dejar una marca en el corazón que la acompañará siempre.



Se abre una ventana de chat. Es un mensaje de Enrique.

—Hola.

Marta mira extrañada la pantalla del ordenador. «¿Enrique? ¿Qué le digo? Nunca he hablado con él. Parece buen chico... y no es feo pero... después de lo que le ha pasado, no sé qué decir...»

—Hola.

—No me gustaría que pienses que te escribo porque quiera algo contigo, no quiero malos rollos. Lo que no quiere decir que no me gustes. Eres guapísima.

—¡Ufff! Gracias —cortó enseguida Marta un poco sofocada a pesar de que él seguía escribiendo.

—El primer día de clase, cuando te vi entrar por la puerta del instituto me quedé *flipado*, bueno, como todo el mundo. Fuiste el centro de atención. Pero ¿sabes?, después de tanto cambio últimamente en mi vida no quiero ver a nadie, no salgo a la calle, voy al instituto y de ahí a mi casa. Y a veces ni voy. Con mi madre no puedo hablar de nada. Si sacamos algún tema de conversación, siempre deriva en lo mismo y terminamos llorando los dos. Pero me gustaría

poder hablar con alguien y esto del *Face* es más impersonal. No tengo que estar cara a cara con nadie. Pero sólo si quieres... Perdona, pero te estoy poniendo en un compromiso... olvídale...

—No sé que decir. Claro que puedes contar conmigo, pero, ¿por qué yo? y ¿por qué ahora? En dos años en la misma clase en el instituto nunca hemos hablado, casi ni nos saludamos. Además ahora ya no estás... Pero vamos, no me importa.

—No sé por qué tú. Creo que me das confianza, me gustas y me pareces más madura que el resto de compañeros. Los chicos que conozco pasan de todo y no me entienden, alguna vez lo he intentado y su único consejo es que nos vayamos de fiesta, de botellón, que así se olvida todo.

—Vale, no hay problema, cuenta conmigo...

—Gracias. Te paso mi número de móvil. Así también estamos en contacto por Whatsapp. Es más cómodo.

—Vale. Ya lo tengo, te mando uno y así tienes el mío. Eso sí, un consejo, cambia tu foto de perfil. Es horrible. Te dejo. Voy a hacer los deberes.

Marta cierra el navegador, conecta el reproductor de música y se queda pensativa durante un instante antes de ponerse manos a la obra con las tareas para el día siguiente. Le da pena Enrique. Piensa que ella nunca podría superar algo así y en la suerte que tiene. Vive en una bonita casa. Sus padres tienen dinero. No son ricos pero es hija única y le compran todo lo que

quiere, además de contar con una buena paga todas las semanas. Desde hace dos veranos pasa un mes en Londres para mejorar su inglés. En los estudios le va bien. No es brillante pero aprueba todo en junio con buenas notas. Tiene un grupo de amigas con las que puede hablar y salir por ahí. Se siente feliz. Siente que nada le puede salir mal.

No le apetece todavía hacer nada y abre de nuevo el Facebook para ver cuántos *me gusta* y comentarios tiene sobre su nueva foto de perfil. 12 *me gusta* y tres comentarios:

El primero es de Ángel:

—Tía, estás buenísima. Ya sabes que no tengo pelos en la lengua y me gustaría que lo comprobaras —el gracioso del grupo.

El segundo de Noelia:

—¿Guapísima, seguro que has ido a Londres a aprender inglés o a ponerte tetas? —una de sus mejores amigas.

El tercero de Pablo:

—Eres preciosa —el chico que acaba de agregar como amigo.